

La escritora y periodista fue enterrada ayer en el cementerio parroquial de Xanceda, en el concello de Mesía

Familiares y amigos dieron su último adiós a María Victoria Fernández-España

Los restos de la escritora y periodista María Victoria Fernández-España y Fernández-Latorre reposan desde ayer en el camposanto de la parroquia de Xanceda, en el concello coruñés de Mesía. Familiares y amigos íntimos dieron su último adiós a la autora de destacadas obras de divulgación y creación, en una

sencilla ceremonia religiosa, que fue presidida por el obispo auxiliar de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, Luis Quinteiro Fiuza. María Victoria Fernández-España, también conocida por el seudónimo de Victoria Armesto, falleció el jueves en Madrid tras una larga enfermedad.

SANTIAGO
Redacción

Pese a que la familia de María Victoria Fernández-España y Fernández-Latorre no había anunciado la hora del sepelio, numerosos allegados acompañaron ayer en éste y en el funeral que lo precedió a su marido, Felipe Fernández Armesto, conocido también por el seudónimo de Augusto Assía, y a su hijo, Juan Fernández-Armesto y Fernández-España.

El funeral se celebró en la iglesia parroquial del Divino Salvador de Xanceda, en el concello coruñés de Mesía, lugar en el que reside la familia. La ceremonia religiosa fue presidida por el obispo auxiliar de la Archidiócesis de Santiago, Luis Quinteiro Fiuza, acompañado por el religioso Manuel Botas y por el párroco de Xanceda, Pedro Santos Canosa. Durante el funeral, los oficiantes dejaron constancia del tesón con el que la finada acometió su labor periodística, investigadora y política, de su disposición para hacer el bien y de sus convicciones cristianas. Tres rasgos de su carácter que estuvieron presentes en todas las etapas de su vida.

Desde que el jueves se conoció el fallecimiento de María Victoria Fernández-España, su



El esposo y el hijo de María Victoria Fernández-España presidieron el duelo familiar

XURXO LOBATO

familia recibió numerosas muestras de condolencia. Ayer, y a pesar del carácter íntimo del funeral y del entierro, sus

familiares contaron con el apoyo de muchas personas, entre ellas vecinos de Xanceda.

Amigos íntimos y personali-

dades del mundo de las letras, de la empresa y de la política se sumaron también al último adiós.

A los sonos del Himno del Antiguo Reino de Galicia

Entre los asistentes al sepelio figuraban Joaquín Arias y Díaz de Rábago, presidente de la Fundación Pedro Barrié de la Maza; los hermanos Vicente y José María Arias Mosquera; el rector de la Universidad de A Coruña, José Luis Meilán Gil; el presidente de la Cámara de Comercio de A Coruña, José Antonio Quiroga y Piñeiro; José Manuel Liaño Flores, ex-alcalde coruñés; el abogado Luis Uría o el médico santiagués Carlos García Leira.

El actual ministro de Sanidad, José Manuel Romay Beccaría, y el ex-presidente de la Xunta, Xerardo Fernández-Albor, presentaron sus condolencias al marido y al hijo de María Victoria Fernández-España. También acudieron a Xanceda la diputada en el Congreso María Jesús Sáinz, el ex-diputado Luis Ramallo y los parlamentarios autonómicos José Manuel Vila Pérez y Marta Álvarez Montes. Asimismo estaban presentes los secretarios generales de la Xunta José Luis González Sobral, Fernando Amarello de Castro y Jesús Parga López.

Cuando el féretro con los restos de María Victoria Fernández-España era introducido en la sepultura, una joven gaitera interpretó el *Himno del Antiguo Reino de Galicia*.

La paz

JOSÉ LUIS GARCÍA LÓPEZ

LA guerra de los Balcanes quizás no haya sido un tema excesivamente popular, por calificarlo de alguna forma, pero lo cierto es que los coruñeses lo miraban un poco de soslayo. Se ha argumentado hasta la saciedad que era una guerra justa, que no había más remedio. Será todo verdad, pero me quedo con el maestro Cicerón, que ya en aquella época prefería la paz más injusta a la más justa de las guerras.

Pero ya decía Young, el poeta inglés, que la paz empieza donde la ambición termina. Y unas veces es ambición política y otras más de a pie: igual da. Llevamos años no queriendo hablar de paz en el País Vasco, porque sería como reconocer que hay guerra. Hace unos meses se habló de tregua, que es como reconocer que detenemos la guerra en busca de la paz. Y esta semana al presi-

dente del Gobierno se le escapa que ha habido contactos y que no ahorrará esfuerzos para llegar a la paz.

Y hoy, día de elecciones, se anuncia la paz electoral: se enfundan las espadas, se archivan los ataques y hasta los insultos, que pasan al olvido. Esta ha sido la semana de la paz que, se dice, es el único beneficio de la guerra y de las contiendas.

Y la otra paz, la íntima, la que perseguimos para la eternidad. La ha alcanzado Totorita, apelativo cariñoso con el que en casa se conocía a la excelentísima señora doña María Victoria Fernández-España de Armesto, escritora, ex-vicepresidenta del Congreso y escritora muy coruñesa. Y lo siento como egoísta que soy, pues ella —ellos— siempre me han dado más. Y serán muchos los que piensen y sientan como yo. Gracias, María Victoria. Y paz...

La elegancia de vivir

JOSÉ LUIS MEILÁN GIL

CAE a tu lado y te golpea más fuertemente la noticia. La recibí en el avión, uno de tantos viajes como los que hacía Totorita. Los sentimientos y los recuerdos también vuelan por encima de las nubes, esta vez blancas, sin límite en el horizonte físico, ni en el temporal. La memoria tuvo que poner orden hacia hacer justicia y revivir su imagen elegante, desenvuelta y señorial; extraordinariamente dinámica, vitalista. Por eso, el contraste resultó más fuerte.

Coincidimos en momentos diferentes de nuestras propias biografías. Cuando Juan, hoy un personaje de la vida pública española, comenzaba sus estudios de Derecho, por ejemplo. En la irreplicable etapa constituyente cuando Totorita daba vida e impulsaba, incansable e ilusionadamente, Alianza Popular; Vázquez pilotaba en el PSOE con otro compañero, y yo encabezaba el PGI de la coalición UCD con otros cinco diputados más. De aquellos años queda una cierta manera de entender positivamente la conviven-

cia. Tanto, que en más de una ocasión aquellos protagonistas de las primeras elecciones generales nos reunimos en la Casa Grande de Xanceda, en la generosa hospitalidad de Totorita y de Felipe.

Estas líneas habían de alcanzar inevitablemente a la humanidad de Augusto Assía y difícilmente pueden rebasarla. Probablemente sea más fácil compartir mesa, conversación —cuánta vivencia retenida y contada generosamente— que el dolor. No obstante, debe compararse en una aspiración torpe, aunque sincera.

Es un viaje, ya de retorno, a la tierra que tanto amó, por la que luchó, que historió. Después de tantos otros a un lado y otro del océano que marca su ciudad natal, sus galerías añoradas. Abandono de los viñedos en los que volcó su último dinamismo, que animaron su convalecencia en América.

Heredó la elegancia materna de vivir. La practicó generosamente. La transmitió a cuantos la conocimos.